

PABLO ORTEMBERG. *RITUALES DEL PODER EN LIMA (1735-1828)*
DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA. LIMA: FONDO EDITORIAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ, 2014, 402 pp.

Los rituales de expresión de imaginarios sociales en tensión son el tema del libro de Pablo Ortemberg, en el que recoge las principales prácticas festivas del poder de Lima en el tránsito de la forma colonial borbónica del siglo XVIII al quiebre del proyecto bolivariano en la región, hacia finales de la década del veinte de siglo XIX. El autor analiza cómo estos cambios se proyectaron y legitimaron en una liturgia pública que perfiló formas hegemónicas en una sociedad exacerbadamente estamental.

Ante aparentes formas fijas –que buscan expresar la estabilidad de estructuras instituidas o en proceso instituyente– Ortemberg analiza los protocolos rituales en su concreta ejecución, bajo dos criterios: las maneras en que, simulando continuidad, las fiestas son adaptadas a las situaciones y necesidades concretas; y las tensiones latentes entre los diversos actores vinculados que, dentro de la “escenificación armónica”, luchan por acumular o exponer su capital simbólico –corporativo o individual– dentro de pugnas de poder específicas.

Dividido en cinco capítulos y una introducción extendida, el período estudiado se puede agrupar en tres etapas fundamentales: El colonial borbónico, en su tránsito de la exuberante fiesta barroca al limitado intento de racionalización ilustrada; el de la crisis monárquica, entre las circunstanciales autoridades peninsulares y la guerra contra las fuerzas autonomistas, etapa en la que Lima se mantuvo firmemente monárquica, y, finalmente, el primer período independentista americano, en el que los poderes en proceso instituyente se apoyaron en formas existentes para legitimarse.

Apoyándose en autores como Georges Balandier, Norbert Elias y Pierre Bourdieu, el autor afirma que el poder existe y funciona sobre la consolidación de imaginarios hegemónicos que aceptan como real una construcción simbólica impuesta, donde la teatralización ritual da “realidad” a la relación abstracta, reproducción “fetichista [de] la jerarquía y el poder real” (p. 66). Mediante el uso de categorías de Max Weber, el autor ve entre los usos de la fiesta la ilusión de continuidad, la competencia por el capital simbólico, la redistribución del poder, la autocelebración del festejante y la posibilidad de prácticas de contrapoder.

Del período colonial indaga en dos eventos fundamentales: el recibimiento de los virreyes y las juras o proclamaciones reales, rituales que exacerbaban a un punto paroxístico la ostentación del poder y la aceptación a la subordinación, mediante la paradoja de imponer una alegre celebración, en vinculación –no siempre armónica– con las instancias religiosas, que dotaba de una “investidura sagrada” la experiencia. Con estos elementos, Ortemberg propone no ver la ritualidad como simple maquinaria de consciente manipulación, pues todos los participantes del ritual, incluyendo quienes lo dirigen, creen en sus significaciones. Esta “iconolatría barroca” expresa cómo el poder fomentó una imaginería abigarrada, combinación de símbolos y alegorías en objetos, imágenes y representaciones, con acciones rituales de una “maquinaria barroca” en la que el suspenso, la ocultación o la reiteración retórica son recurrentes.

Respecto a la llegada de los virreyes, el estudio detalla las secuencias de acontecimientos seguidos, planificados por meses, de un protocolo que definía desde el envío de embajadores hasta el de la cantidad de mulas que debía

tener el coche en una determinada etapa del trayecto, pintoresco desarrollo que termina implicando a la ciudad íntegra.

El estudio de relaciones, basadas en extensas crónicas informativas remitidas a la metrópoli y otros documentos oficiales, Ortemberg muestra que eran descripciones deformadas de prácticas concretas, donde la grandilocuencia respondía a fórmulas retóricas consolidadas por la tradición, pero aparentando novedad, dentro de una práctica performativa que informaba o confirmaba cuasi-jurídicamente el pacto de sometimiento.

La puesta en escena de la jura hacía de la ciudad un escenario total: todos los estamentos entraban a formar parte de una experiencia parateatral que, liberado de lo cotidiano, lo reafirmaba y expresaba una local "geografía del poder". La decisión borbónica de reformar las fiestas barrocas para controlar el derroche de recursos económicos y simbólicos, registró obediencias y desconocimientos, de acuerdo a estrategias coyunturales con que los actores manipulaban las tradiciones. La presencia de virreyes militares en el contexto de conflictos bélicos globales marcó una ruptura clave, pues se introdujeron elementos castrenses en la ritualidad, prácticas que, marca el autor, no solo tuvieron que ver con la crisis hegemónica sino que dio a las milicias la posibilidad de ascender en una sociedad profundamente estamental. Militarización de imaginarios, cuyo alcance atravesó buena parte del siglo XIX.

La detención de los Borbones en Bayona abre la segunda etapa de estudio, cuya novedad es la inédita ausencia de un centro irradiante claro, lo cual pone en cuestión pero no quiebra el andamiaje litúrgico enfrentado, por primera vez, a entidades abiertamente opuestas. Una guerra de legitimidad que hizo proclamar a los rebeldes "patria" y a los realistas "nación", en una Lima firmemente realista que se aferró a las juras. El plegar a la Junta de Sevilla, a la Regencia o a la Constitución de Cádiz en 1822 es visto por Ortemberg como una tendencia a parapetarse en la mentalidad instituida, pese a lo ambiguo de las disposiciones.

El autor explica también el paso de la ceremonia militarizada a la directamente guerrera: la construcción del enemigo fue un factor nuevo, paradójico, pues los bandos compartían ritualidades bélicas, tales como la bendición o la encomienda a santos patronos. Al estudiar las prácticas surgidas en el Buenos Aires autónomo, Ortemberg encuentra que ante las fracturas que la fiesta busca ocultar se coloca a los héroes militares y a los representantes ante las Cortes en el lugar que ocupaban los gobernantes coloniales. Las banderas cobraron preeminencia como elemento simbólico central del período, otorgando a su conquista, así como a los triunfos militares, festejos similares a los que tenían las juras, lo cual preconfigura la "simbología encarnada" de imaginarios que evocan niveles tan abstractos como patria y nación, en contraste al distante pero tangible jefe monárquico.

Mientras que la Constitución de Cádiz de 1812 impuso lo que el autor define como la "burocratización de la lealtad": la jura individual que prefiguró al futuro ciudadano, la celebración y elección de cabildos constitucionales, la exclusión del pendón real en las fiestas del poder, una fractura irresoluble. Tiempo de cambios que pasa de la fórmula de seguir las "formalidades acostumbradas en iguales casos" al hacer "lo mismo en lo sucesivo". Cambio de ritualidad que perfila un nuevo vínculo con el poder central, al cual se dieron respuestas diversas: mientras en Lima permitió la continuidad, en el Cusco llevó a la ruptura.

El último capítulo abarca el complejo período que va de la entrada de San Martín en Lima a la salida de Bolívar. El detallado estudio expone las estrategias políticas en relación al ritual, signadas por una misma consigna: la escenificación de la estabilidad. Así como la Lima colonial sitiada realizó un apurado ritual de posesión virreinal a un encargado interino, el recibimiento a San Martín se preparó como si de un virrey se tratase. El general evitó el ritual pero hizo cuartel en las afueras de Lima en el lugar donde históricamente se hacía el traspaso del bastón de mando entre virreyes.

Ortemberg evidencia que, por sobre el conflicto bélico, lo ritual/simbólico implicaba también el conflicto de posiciones y la apropiación de símbolos y espacios. Por ejemplo, la proclamación de Independencia se hizo "en todos los lugares públicos en que en otro tiempo se os anunciaba la continuación de vuestras tristes y pesadas cadenas" (p. 238), esquema que conduce el imaginario de continuidad y orden en la "sustitución semántica por homología de los signos" (p. 242).

En las conclusiones, el autor releva la facilidad con que se reemplazaban emblemas, en contraste a la permanencia del esquema ritual. Primó el reemplazo antes que la supresión, cumpliendo de inicio la función pedagógica de exteriorizar la distribución del poder. Al tiempo, la preocupación de San Martín por crear la Orden del Sol, otorgar condecoraciones que permitían nuevos paseos cívicos y sustituir la simbología anterior, expone la disputa fundamental de una visión que siguió siendo completamente aristocrática.

Intentos de resimbolización como celebración de efemérides continentales, redenominación de espacios o la proyección de monumentos escultóricos de piedra, fueron causa de tensión interna en el intento de configurar fiestas conmemorativas "nacionales", delimitadoras de un territorio cerrado. Sin embargo, en las dos reconquistas realistas de Lima se regresó a las ritualidades anteriores con gran facilidad, mientras que la entrada de Bolívar reactualizó los rituales coloniales en su grandiosidad barroca, casi fomentados por el mismo libertador. El culto a Bolívar, como lo define Ortemberg, calzó con el conferido a la figura real, pompa que buscaba legitimidad o prebendas, aunque meses después inició una drástica desbolivarianización que fue reemplazada por el culto a la patria como emblema abstracto.

A lo largo del texto, el autor llama la atención sobre el uso de la simbología del sol. En la época borbónica esa imagen apelaba a la centralidad del poder absolutista y, ambiguamente, se relacionaba con la imaginería indígena. Durante la primera etapa independentista, San Martín intentó aprovechar su connotación de restitución incaica en la escudería y en la formación de la Orden del Sol, pero esta imaginería despertó resquemor en la población indígena que no solo era mayoritaria sino que acababa de protagonizar sublevaciones de gran envergadura. Por ello, apenas alejado el general, los limeños borrarón toda referencia solar e indígena de la naciente simbología patria, sustituyéndola por símbolos de la naturaleza: imaginería sin marcas.

También atraviesa el texto la preocupación constante de los actores por cumplir con las juras, las cuales tenían un ambiguo peso contractual, pero al mismo tiempo llama la atención la debilidad de dichos compromisos: se jura por la Corona, por la Junta de Sevilla o por el naciente Estado del Perú, todo con la misma facilidad. De ello se deduce el argumento de Ortemberg: recibimientos –de virreyes, héroes, protectores o beneméritos dictadores– eran formas simbólicas de conquista, mientras que las juras –a la Corona, la Constitución, la Patria o la República– eran expresión de sumisión, claves del teatro del poder gobernante.

Trabajo de gran envergadura, queda por analizar las prácticas cotidianas los rituales rutinarios de las diversas corporaciones, pues las grandes fiestas podrían considerarse como una proyección maximizada de formas de ritualidad de la vida diaria; y también merece un estudio en relación de la ritualidad limeña con la de sus centros dependientes.

Desde otra perspectiva, se requieren estudios que exploren el proceso de elaboración de las fiestas desde la experiencia concreta: el andamiaje de la fiesta y sus vitales bambalinas como puertas para comprender los imaginarios, más allá de su representación externa, para lo cual se podrían usar archivos judiciales o económicos, sin olvidar que las celebraciones y prácticas populares devienen en formas claves de las prácticas hegemónicas y, ocasionalmente, contrahegemónicas.

Alejandro Aguirre Salas
Universidad Central del Ecuador